

EL CLARIMUNDO DE JOÃO DE BARROS

Perspectivas para el análisis lingüístico de una obra portuguesa del siglo XVI

El estudio de la lengua portuguesa en el siglo XVI presenta numerosos problemas de planteamiento y metodología que complica en gran medida cualquier tipo de conclusiones que puedan deducirse del análisis de una obra o de un autor, quizás empezando por la escasez de estudios completos de este tipo de los que podemos disponer aún en nuestros días.

El siglo XVI es para el portugués, como lo es también para el español, un momento de especial relevancia en la historia de la lengua. Numerosos cambios lingüísticos comienzan a generalizarse entonces, y ello se hace, además, bajo la tutela de Lisboa, que se constituye en su centro difusor y en la guía de la norma culta del portugués, con todo lo que ello supone tanto para la evolución posterior del idioma, como para la creación de una lengua literaria perceptible en el estudio de los distintos autores clásicos.

Por lo que se refiere a los cambios lingüísticos que se manifiestan en el siglo XVI, aun siendo bien conocidos, presentan gran dificultad a la hora de establecer su exacta cronología. Resulta indiscutible que al finalizar el Medievo se produce un gran período de transformaciones que va a acercar la lengua a un estado muy próximo al actual, pero este período, como es natural, no se ajusta a los límites del siglo. La filología portuguesa, por ello, prefiere hablar de «lengua clásica», la cual abarca un espacio temporal muy variable según atendamos a unos u otros lingüistas.

Las más recientes aportaciones en los estudios de diacronía amplían enormemente la duración de esta etapa. Para Pilar Vázquez Cuesta y María Albertina Mendes da Luz, quienes parten de un concepto filológico amplio (atendiendo a aspectos de tipo cultural, literario y sociopolítico), el «período clásico» de la lengua portuguesa abarcaría los siglos XVI y XVII, así como la primera mitad del siglo XVIII¹.

Paul Teyssier parece reacio, en principio, a delimitar etapas. La historia del portugués queda dividida en su estudio en tres grandes momentos: los orígenes y la formación del idioma; el galaico-portugués; y la configuración de la lengua tras la definitiva separación del gallego a mediados del siglo XIV². A pesar de ello, no deja de referirse en ocasiones a un período clásico cuya amplia concepción es heredera de la de Vázquez Cuesta y Mendes da Luz, aunque prefiere retrasar sus límites: desde finales del siglo XVI (Teys-

1. Pilar Vázquez Cuesta y María Albertina Mendes da Luz, *Gramática Portuguesa*, tercera edición corregida y aumentada por Pilar Vázquez Cuesta, Madrid, Editorial Gredos, tomo I, pp. 207-219.

2. Paul Teyssier, *História da Língua Portuguesa*, tradução de Celso Cunha, Lisboa, Sá da Costa Editora, 1982. Originariamente publicada en Francia (*Histoire de la langue portugaise*, col. «Que sais-je?», Presses Universitaires de France, 1980), la intervención de Celso Cunha sugiriendo modificaciones y añadidos hacen de la versión portuguesa mucho más completa que su original (v. «Prefácio», pp. 1-2).

sier propone la fecha de publicación de *Os Lusíadas* de Camões)³ hasta principios del siglo XIX⁴. Para esta periodización se basa en la morfosintaxis y el léxico, pues la evolución fonética, según el profesor francés, sigue un ritmo propio que no se atiene a los procesos evolutivos de la cultura y de la historia política de Portugal.

No debe extrañarnos este desplazamiento cronológico en Paul Teyssier, pues es producto de los principios metodológicos que adopta: sólo acepta una documentación que explícitamente se refiera a cada fenómeno y siempre en consideración a su completa generalización en la lengua (al menos en la normativa), lo que da como resultado una implantación progresiva muy prolongada y una datación muy tardía.

Contrariamente a esta periodización tan amplia en que el siglo XVI se diluye dentro de una larga etapa evolutiva, otros autores proceden a una caracterización particular del siglo. Así hace, por ejemplo, Edwin B. Williams, quien piensa que a lo largo del siglo XVI se produce la más importante de las modificaciones fonéticas de la lengua: la «intensificação do acento dinâmico», que da como resultado la desaparición de los hiatos medievales. Como consecuencia de ello, «pelo fim do século XVI, quase todas as características distintivas do português arcaico haviam desaparecido; a língua se tornara, no essencial, a mesma de hoje em dia»⁵.

En otra gramática histórica, la de Joseph Huber, vemos aún más adelantada la constitución del portugués moderno, aunque siempre en torno al siglo XVI: «Na viragem do português antigo para o português moderno, encontra-se o "Plauto de Portugal", Gil Vicente, o criador da comédia popular portuguesa»⁶.

Bien es cierto que Huber no pasa de establecer una división entre un portugués antiguo y un portugués moderno, y que Williams parece admitir la existencia de un «período clássico ou médio» entre los siglos XVI y XVIII⁷. Además, estos autores, habiendo escrito sus obras hace más de cincuenta años, no podían conocer estudios más recientes que definen con mayor precisión la evolución lingüística entre el siglo XVI y nuestros días⁸.

Sin embargo, no es la mera datación de los distintos fenómenos lingüísticos que aparecen o se generalizan entonces el único problema que presenta el siglo XVI. Si en época anterior la dificultad se planteaba en discernir las diferencias y el progresivo distanciamiento que se producen entre gallego y portugués (poco apreciable en la literatura cancioneril, pero muy evidente en textos no literarios)⁹, en el siglo XVI constatamos ya dife-

3. Ibidem, pp. 66-67.

4. Ibidem, p. 73.

5. Edwin B. Williams, *Do latim ao português*, tradução de Antonio Houaiss, Edições Tempo Brasileiro Ltda., 3ª edição 1975, Rio de Janeiro, p. 27. La edición original inglesa es muy anterior: *From Latim to Portuguese*, Oxford University Press, 1938.

6. Joseph Huber, *Alportugiesisches Elementarbuch*, Carl Winters Universitätsbuchhandlung, Heidelberg, 1933. Cito según la versión portuguesa de Maria Manuela Gouveia Delille, *Gramática do Português Antigo*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 1986, pp. 39-40. La edición portuguesa incluye unas «Palavras prévias» de Luís F. Lindley Cintra (pp. IX-XIV) y un «Apendice» que reproduce la reseña de Rodrigues Lapa a la obra de Huber, donde sugiere numerosas correcciones (pp. 361-378).

7. Edwin B. Williams, *op. cit.*, p. 28.

8. Una periodización parecida presentan José Joaquim Nunes (*Compêndio de Gramática Histórica Portuguesa. Fonética e Morfologia*, 7ª edição, Lisboa, Livraria Clássica Editora, 1969) e Ismael de Lima Coutinho (*Gramática Histórica*, Rio de Janeiro, Ao Livro Técnico S/A, 6ª reimpressão da 7ª edição revista, 1986).

9. V. Clarinda de Azevedo Maia, *História do Galego-Português. Estado lingüístico da Galiza e do Noroeste de Portugal desde o século XIII ao século XVI. (Com referência à situação do galego moderno)*, Coimbra, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1986.

rencias regionales en la evolución lingüística del portugués o, dicho de otro modo, ya se manifiestan con claridad características dialectales. Son cada vez más numerosas las noticias que tenemos de ellas gracias a gramáticos y hombres de letras, pues surge entonces en Portugal un interés creciente por la lengua patria y por su estudio¹⁰.

Es dentro de este contexto donde debemos entender la actividad de la corte lisboeta como centro difusor de los cambios lingüísticos y como núcleo donde se constituirá la norma culta del portugués. Desde siempre la corte había ejercido esa labor, pero en siglos anteriores, ésta se había visto en gran medida mediatizada, al menos en la literatura, por la inicial comunidad con el gallego y por el peso que aún poseían las regiones norteañas en el país. Aún en la primera mitad del siglo XVI, Sá de Miranda no muestra ningún reparo en recoger dentro de su obra una lengua típicamente norteaña, una lengua que debía sonar arcaica o *agalegada* a los oídos de los cortesanos lisboetas. En época que casi coincide cronológicamente con Sá de Miranda, Gil Vicente aún conserva muchos elementos que rápidamente serían olvidados por el buen hablar de la corte, a pesar de que Gil Vicente es autor cortesano donde los haya y de que sus últimas obras aparecen por los mismos años en que se publican las primeras creaciones de una nueva generación de escritores cortesanos cuya lengua literaria se ha despojado ya de esos elementos lingüísticos¹¹. Pensemos que el último auto de Gil Vicente, la *Floresta de Enganos*, data de 1536, mientras que João de Barros publica su *Crónica do Imperador Clarimundo* en 1520, aunque su obra de madurez sea muy posterior (las *Décadas*, por ejemplo, comienzan a publicarse en 1552).

Por otro lado, en la obra de Gil Vicente se recoge no sólo el habla cortesana lisboeta (patrón literario que aún habría de variar considerablemente a lo largo del siglo haciendo que el aspecto de la lengua gilvicentina, como acabamos de señalar, resulte arcaizante), sino también otras formas dialectales, y de ahí la importancia de sus obras para el estudio lingüístico, como han señalado ya Vázquez Cuesta y Mendes da Luz¹².

La integración de formas lingüísticas dialectales en la obra de Gil Vicente, propia de una dramaturgia que exige la diferenciación en la manera de hablar para caracterizar a los personajes (y por ello no la vamos a encontrar en autores posteriores que escriben en géneros distintos), nos advierte indirectamente sobre la configuración del habla cortesana lisboeta como la norma culta del portugués: hablar de otra forma es hablar mal, *marca* a la persona que habla así y es objeto de risa. De hecho, el lenguaje beirano que aparece en los autos de Gil Vicente sirve para mostrarnos el modo rústico por excelencia del portugués, consideración que en época inmediata también alcanzará a otras variedades norteañas, marcadas éstas peyorativamente como un modo *agalegado* de expresarse¹³.

Variación dialectal y norma cortesana lisboeta: he aquí un hecho que marca definitivamente el siglo XVI y que, como ya advertíamos líneas atrás, fue objeto de atención pa-

10. V. Pilar Vázquez Cuesta y Maria Albertina Mendes da Luz, op. cit., tomo I, pp. 215-216.

11. Formas arcaicas o con aire norteño debían parecer «adevinha» (por «advinhança», aún de uso vulgar y gallego), «craro», «frol», «giolho», etc. Muchos de los vocablos «populares» o «arcaicos» que recoge Silva Neto de la lengua gilvicentina pudieran entrar en esta consideración (*História da língua portuguesa*, 4ª edição, Rio de Janeiro, Presença, 1986, pp. 478-479).

12. V. op. cit., tomo I, p. 211.

13. La riqueza dialectal y sociolingüística que aparece en la obra de Gil Vicente fue objeto de un extraordinario análisis por parte de Paul Teyssier, *La langue de Gil Vicente*, Paris, Klincksieck, 1959.

ra sus contemporáneos. Silva Neto, analizando la obra de Fernão d'Oliveira, advierte en este autor (cuya *Gramática da linguagem portuguesa* sale a la luz en 1536) una clara noción de variedad social y dialectal distinguiendo entre una «língua comum» (variedad no marcada ni por arcaísmos ni por dialectalismos), una «língua padrão» (la de los cortesanos), unas «línguas especiais» (variedades técnicas) y, finalmente, las «falas regionais» (variedades dialectales)¹⁴.

Silva Neto realiza un espléndido y completísimo estudio sobre las ideas que corrían en el siglo XVI a este respecto y recoge numerosos ejemplos de variedad dialectal, del cada vez más evidente distanciamiento de las hablas norteñas y de la preeminencia de Lisboa, que se manifiesta no sólo en la creación de una norma culta cortesana, sino también en la influencia que ejerció para la configuración de una «língua comum» (la no marcada dentro del lenguaje general del pueblo) según la variedad hablada al sur del Mondego¹⁵.

Igualmente, Silva Neto avanza brevemente una caracterización lingüística de la literatura que muestra cómo ésta se acerca cada vez más a los patrones lingüísticos de la corte y, consecuentemente, se distancia progresivamente de las variedades norteñas¹⁶.

A pesar del funcionamiento de Lisboa como centro directriz de la norma culta portuguesa desde siempre, nunca la corte hizo palidecer tanto a las hablas norteñas en la literatura y nunca había conseguido extender tan rápidamente dentro de la «língua comum» sus innovaciones lingüísticas. La explicación a este fenómeno reside, según nuestra opinión, en razones de tipo histórico: Lisboa y su vocación ultramarina encarnan entonces todos los valores patrios hasta el punto de que un autor cortesano de la vieja hidalguía portuguesa como fue Sá de Miranda, espantado de la asombrosa identificación de Portugal con Lisboa, como si el país se resumiese dentro de los límites de la ciudad, acabaría por retirarse al campo desde donde lanzaría tristes lamentos en forma de *topos* campo vs. ciudad. Posiblemente, no se pueda entender esto sin tener en cuenta la llamada «revolução de 1383» cuando, tras la batalla de Aljubarrota, «Lisboa transforma-se num temível bastião da burguesia e na cabeça de todo o reino»¹⁷. Esto posibilitará la expansión comercial y colonizadora del país cuya culminación se produce precisamente en el siglo XVI¹⁸.

Dentro de este contexto histórico-lingüístico debe situarse correctamente la obra de João de Barros. En las referencias hechas líneas atrás a Sá de Miranda, Gil Vicente y Camões advertíamos sobre la gran variabilidad lingüística que pueden ofrecernos los distintos autores del siglo XVI. El sabor a veces arcaizante de Gil Vicente, incluso cuando no reproduce formas dialectales conservadoras, contrasta con ese «aire de modernidad» que, en palabras de Paul Teyssier, desprende la obra de Camões. Hay, pues, incluso en el ámbito cortesano y en la literatura que produce (entendiendo esto en un sentido amplio) una diferenciación lingüística a lo largo del siglo.

El caso de Sá de Miranda nos muestra, por su parte, el cuidado que hay que tener en las conclusiones derivadas de un estudio lingüístico de un autor de la época. Formas supeuestamente arcaicas o medievalizantes con respecto a otras que parecen imponerse a finales del siglo (por ejemplo, en la obra de Camões) pueden responder no tanto a una

14. Silva Neto, *op. cit.*, pp. 489-491.

15. *Ibidem*, pp. 489-498.

16. *Ibidem*, pp. 489-499.

17. António Borges Coelho, *A revolução de 1383, Lisboa, Editorial Caminho, 1981, p. 148.*

18. V. a este respecto Pilar Vázquez Cuesta y Maria Albertina Mendes da Luz, *op. cit.*, tomo I, p. 207 y ss.

efectiva evolución operada en la lengua como a la reproducción de hablas regionales (todas aquellas que se distancian de la «língua comum» formada a partir de la lengua meridional al amparo de la corte lisboeta).

Añadamos a esto, pues la literatura entra dentro de ese ámbito la mayor parte de las veces, e incluso es uno de sus factores de configuración, la existencia de una lengua cortesana que, si bien participaba de la «língua comum» meridional, se distinguía por encima de ella en base a unos rasgos lingüísticos que en parte debían ser innovadores (por ejemplo, en el léxico latinizante y en los extranjerismos derivados de los contactos con otras culturas que propiciaban los descubrimientos) y en parte conservadores (dado que toda norma lingüística siempre incorpora con retraso las innovaciones).

João de Barros, originario del norte de Portugal, aunque criado en la corte desde la infancia¹⁹, siempre mostró cierta predilección por incluir léxico norteño y arcaizante dentro de sus obras (aunque no por ello debemos perder de vista que, por lo demás, éstas debían reproducir con fidelidad el lenguaje de la corte). Él mismo nos lo revela en su *Gramática da língua portuguesa*: «A mi muito me contentam os termos que se conformam com o latim, dado que sejam antigos [...] Não somente os que achamos per escrituras antigas, mas muitos que se usam entre Douro e Minho, conservador da semente portuguesa: os quais alguns indoutos desprezam, por nam saberem a raiz donde nascem»²⁰.

De aquí se infiere que la obra de Barros ha de presentar un aspecto algo distinto al que realmente presentaba el portugués lisboeta de la primera mitad del XVI, el cual, sin duda, habría de ser más moderno viéndolo desde nuestra perspectiva actual.

Esto es lo que explica la aparente contradicción que encuentra Hernâni Cidade en las *Décadas*, donde aparecen por igual gran cantidad de arcaísmos al lado de numerosas innovaciones latinizantes²¹. De hecho, hay que pensar que João de Barros es uno de los iniciadores de esta labor de incorporación de latinismos en portugués, mucho antes que Camões, e incluso lamenta el retraso que su país llevaba con respecto a España, Italia y Francia²².

De ello se deduce que en la obra de João de Barros podemos encontrar, conscientemente expresados por él, los siguientes elementos lingüísticos:

1. Arcaísmos que ya lo eran en el siglo XVI, esos «termos» que, como él mismo nos decía en cita precedente, «achamos per escrituras antigas».
2. Formas dialectales arcaizantes aún de uso en el siglo XVI dentro de las hablas norteñas: «muitos [termos] que se usam entre Douro e Minho, conservador da semente portuguesa».
3. Innovaciones cultistas o latinizantes, propias de un humanista interesado por la lengua como era João de Barros y que afectan tanto al léxico como a la sintaxis e incluso a la morfología²³.

19. No hay documentación exacta al respecto, aunque sí constancia de todo ello. Puede consultarse la *História da Literatura Portuguesa* de António José Saraiva y Óscar Lopes, 12ª edição corrigida e actualizada, Porto, Porto Editora, 1982, pp. 283-284.

20. Citado por Silva Neto, *op. cit.*, p. 493.

21. Hernani Cidade, «João de Barros. O que pensa da Língua portuguesa. Como a escreve», *Boletim de Filologia* (Lisboa), tomo XI, 1950, pp. 281-303.

22. V. Maria Leonor Carvalhão Buescu, *Historiografia da Língua Portuguesa*, Lisboa, Livraria Sá da Costa Editora, 1984, pp. 68 y 74.

23. Nos referimos, por ejemplo, al uso de superlativos sintéticos del tipo «riquíssimo» o «antiquíssimo» (v. Hernani Cidade, *op. cit.*, p. 290).

La lingüística histórica portuguesa no suele hacer distinción entre todos los aspectos que caracterizan la obra de un autor del XVI, limitándose a advertir sobre los arcaísmos que presenta²⁴, o vacilando en otros casos entre una arbitraria clasificación que, como mucho, distingue entre «formas populares» y «formas arcaicas o regionales» que al final resultan muy discutibles²⁵.

Por lo que respecta a los latinismos, no abundan con gran exuberancia en João de Barros, como ocurre con otros escritores coetáneos. Quizás por ello Paul Teyssier distinga la lengua de Camões y de su generación (último tercio del siglo XVI) de la del resto de autores, de manera que excluye a éstos (entre los que debemos contar a João de Barros) del auténtico «portugués clásico»²⁶. La situación es engañosa: por un lado, la «modernidad» de la lengua de Camões no refleja con fidelidad la lengua común, ni siquiera la cortesana y literaria; paradójicamente, autores posteriores a Camões muestran un lenguaje en apariencia más arcaico que el suyo, como el jesuita Lucena²⁷. Por otro lado, una frecuencia menor de formas latinas en João de Barros no responde tanto a que no hubiese sido marcado «pelo Renascimento humanista e italianizante»²⁸, como a una actitud diferente en el tratamiento literario de la lengua portuguesa, cosa que nos interesa especialmente en los planteamientos del análisis lingüístico que merece el *Clarimundo*.

El conservadurismo manifestado en el gusto por aquello que guarda la «semente portuguesa» se une en João de Barros a una actitud muy cauta frente a los latinismos. En un prurito por conservar «castizamente» la lengua portuguesa, advierte que deben escogerse sólo aquellas formas latinas «que a orelha bem receba»²⁹. Nuestro autor, como muy bien advierte Carvalhão Buescu, está exento de «cegueira afectiva em relação ao latim» y no deja de ridiculizar «o emprego pedante de construções latinas que o espírito da língua portuguesa não suporta»³⁰. Esta actitud no nos parece a nosotros signo de medievalización, aunque sea bien diferente de la que refleja la obra camoniana...

El *Clarimundo* es la primera obra de João de Barros. Fue escrita de forma apresurada y en condiciones poco propicias, según información que él mismo nos proporciona en el «Prólogo feito depois desta obra impressa [...]» incorporado a la novela³¹. Por ello, en el conjunto de la obra de Barros, se nos aparece como una especie de ejercicio de preparación estilística y literaria para la posterior elaboración de sus *Décadas*. Se trata de un fruto aún inmaduro, y de ahí su falta de agilidad: la recurrencia monótona del ritmo y de la construcción del enunciado, que contrasta con la maestría de su obra madura. En esta última observamos ya una perfección extraordinaria en el uso de los recursos latinizantes con los que desarrolla su prosa, de manera que podemos decir, con Hernani Cidade, que «ajeitou os movimentos do seu estilo à toga romana de que, por dignidade do assunto, re-

24. Para el caso de João de Barros, v. Hernani Cidade, *op. cit.*, especialmente pp. 292-293 y Serafim da Silva Neto, *op. cit.*, p. 500.

25. Eso hace Silva Neto para el lenguaje de Gil Vicente en *op. cit.*, pp. 478-479.

26. V. Paul Teyssier, *História da Língua Portuguesa, op. cit.*, pp. 66-67.

27. V. Silva Neto, *op. cit.*, pp. 508-511.

28. Paul Teyssier, *História da Língua Portuguesa, op. cit.*, p. 67.

29. V. Maria Leonor Carvalhão Buescu, *op. cit.*, p. 68.

30. *Ibidem*, p. 70.

31. João de Barros, *Crónica do Imperador Clarimundo*, com prefácio e notas do Prof. Marques Braga, Livraria Sá da Costa Editora, Lisboa, 1953, vol. I, pp. 1-3.

solveu vesti-lo, e apenas uma ou outra vez deixa adivinhar, enrodilhando-a canhestramente, que é dos primeiros a usá-la»³².

Pero estas características de la prosa de João de Barros atañen sólo a aquellas obras como las *Décadas* o el *Clarimundo* que, «por dignidade do assunto», como diría Hernani Cidade, precisan de un estilo latinizante y egregio (no me atrevería a llamarlo arcaico) de forma simultánea. Precisamente el éxito del *Clarimundo* se debe a esta perfecta adecuación entre el género de la obra y la lengua con que se escribe. Adviértase que es la primera novela portuguesa del XVI, y que el resto de obras que pertenecen al mismo género caballeresco (así ocurre con Francisco de Moraes) o que tienen alguna relación con él (tal el caso de la *Menina e Moça* o de la anónima novelita sentimental *Naceo e Amperidónia*) van a continuar con el ejemplo del *Clarimundo*, aunque normalmente lo perfeccionen, como también lo perfecciona su autor en obras posteriores³³.

Otras obras de Barros, excelente pedagogo y gramático humanista, sorprenden por la sencillez de su estilo y por la ausencia de latinismos y arcaísmos. Su aspecto, naturalmente, resulta mucho más moderno o, si se quiere, más acorde con una «lengua clásica» bien diferenciada de la medieval. Basta hacer una breve incursión, por ejemplo, al *Diálogo com dois filhos seus*: frases cortas, ausencia de hipérbaton, léxico accesible (los únicos latinismos se corresponden a los conceptos que el padre explica a sus hijos), tratamiento de «tú» de padre a hijo y de 3ª p. de sing. de hijo a padre (como aún se conserva en nuestros días), etc. Véase, por ejemplo, este pasaje de la obra:

CATERINA. O fruto desta árvore deve ser aquela figura que está no cume dela e tem a letra que diz *Foelicitas humana*, porque disse que os meios com que se alcançavam eram as virtudes...

PAI. Bem sentiste o processo delas, ca de virtude em virtude se consegue o fruto, que é a felicidade.

CATERINA. E aquelas tres figuras donde ela nasce, que se chamam *Fides*, *Spes*, *Charitas*, não são elas as virtudes theologaes? Porque na cartinha que compos por onde meus irmãos e eu aprendemos a ler, me lembra estarem estas tres virtudes [...]

PAI. Assi é [...]³⁴.

En la voz del padre nos parece estar oyendo la misma lengua de João de Barros, mucho más que por boca del príncipe Clarimundo, el rey Claudio, el conde Dongel o cualquier otro personaje de su novela caballeresca. De ésta no se podrá deducir, por lo tanto, el estado real del portugués en la primera mitad del siglo XVI si no es con las prevenciones que hemos tratado de señalar en el presente estudio. Sin embargo, su importancia en la creación de una lengua para la prosa literaria portuguesa es de una aportación capital y, a lo que nos parece, su ejemplo perdurará a lo largo de gran parte del siglo.

JUAN M. CARRASCO GONZÁLEZ

32. Hernani Cidade, *op. cit.*, p. 303.

33. La «desconcertante característica de *modernidade e arcaicidade*» que encuentra Silva Neto en la novela de Bernardim (v. *op. cit.*, p. 498) tiene su origen precisamente en la creación, por parte de João de Barros, de una prosa literaria cuyo primer ejemplo es el *Clarimundo* y que participa de ambas características de «modernidad» y «arcaísmo».

34. João de Barros, *Diálogo com dois filhos seus sobre preceitos morais em modo de jogo*, edição fac-similada, Lisboa, Biblioteca Nacional, 1981, p. 8. La grafía ha sido modernizada.